

Alguien le dijo una vez que, si estás junto a una persona muy querida cuando caiga la primera nevada del invierno, volveréis a presenciarla juntos al año siguiente. Alicia había compartido aquel mágico momento junto a su hermana menor el año anterior. Habían paseado mientras los copos de nieve caían a su alrededor, un centenar de luces titilando desde las copas de los árboles que comenzaban a espolvorearse de un pálido blanco. Sus manos frías calentadas por las castañas asadas que se pasaban la una a la otra, sonriéndose entre cada bocado.

Y aquella noche, los copos de nieve descendían perezosos al otro lado de la ventana, empañándose el cristal con el cálido aliento de Alicia. Cuando el exterior se volvía en apenas un borrón de un gris sucio, deslizaba el índice por el cristal, trazando el lento recorrido de la nieve que caía; dibujando formas que harían sonreír una vez más a su hermanita, un pequeño conejo saltarín, un rostro sonriente...

Pero la risa de Daniela no resonaba por la habitación, en aquella noche estaban muy lejos la una de la otra, al igual que había sucedido en los últimos meses. De forma inconsciente, Alicia se llevó una mano al gorro de lana que envolvía su cabeza. Su abuela se lo había tejido para la Navidad anterior, y jamás pensó que le llegaría a dar tantísimo uso. Recorrió las suaves trenzas de lana con la yema de los dedos, encontrándose a su paso con demasiadas hebras de su cabello castaño. Y por un instante odió a su enfermedad, al hecho de verse encerrada en un hospital para la Navidad y el no poder disfrutar las tardes de diciembre junto a su hermana Daniela.

Cuando las lágrimas comenzaron a asomar en sus ojos, escuchó un suave golpeteo en la puerta. Allí estaba Helena, la dulce enfermera que solía jugar con ella cuando su madre bajaba a comer a la cafetería o dormitaba en el sillón. Cuando entró a la habitación se fijó en que aún llevaba puesto aquel uniforme de Papá Noel, y una pequeña sonrisilla se atisbó en sus labios.

—¿Qué haces aún despierta? —le preguntó Helena, acercándose hasta la cama—, es bastante tarde, ¿esperas a que vuelva tu madre?

La madre de Alicia hacía un rato que había ido a por algo de cenar. Aun así, había arropado a la niña en su cama, deseándole las buenas noches y depositando un pequeño beso en su frente. Pero la nieve que caía al otro lado de la ventana había alejado cualquier rastro de cansancio que pudiera sentir Alicia, y ahora se sentía demasiado triste al haber recordado el año anterior como para conciliar un sueño tranquilo. La niña se arrodilló en su cama, sentándose con las piernas cruzadas para encarar a Helena. Podría aprovechar su compañía para despejar la mente, así que decidió responderle con otra pregunta.

—¿Alguna vez has escuchado sobre la magia de la primera nevada?

Helena se quedó perpleja apenas un instante, pero rápido recobró la compostura y le sonrió con dulzura —No, nunca he oído algo parecido.

—Si estas con alguien a quien quieras mucho mientras nieva por primera vez en el año, la magia de la primera nevada hará que volváis a verla para el año siguiente —habló Alicia, sus ojos verdes brillando con inocente ilusión en la penumbra. Pero fue apenas un atisbo, pues rápido su semblante se ensombreció cuando agachó la cabeza—. Yo la vi el año pasado con mi hermanita, pero este año...

Helena siguió la mirada de Alicia hasta la ventana, los copos de nieve seguían cayendo con lentitud desde un cielo encapotado y gris. Comprendió al momento aquello que le quitaba el sueño, y optó por estirar las sábanas por encima del regazo de ella, instándola a acostarse.

—Pero hoy es Nochebuena —le dijo, acurrucándola con mimo—, y mañana Papá Noel vendrá a visitaros. ¿Y si la magia de la Navidad te diera una sorpresa?

Alicia hizo un mohín, no muy conforme con aquella idea. —Si la primera nevada no pudo cumplir mi deseo, Papá Noel tampoco podrá.

—Si no te duermes pronto, lo que es seguro es que no te traerá ningún regalo —Palmeó con suavidad las sábanas, incorporándose una vez la niña parecía dispuesta a permanecer en la cama—, y entonces perderás la oportunidad de pedirle tu deseo.

A la mañana siguiente, el sol no asomó por el horizonte. El cielo continuaba encapotado y repleto de nubes grises, y además, seguía nevando. Durante la noche los copos se habían asentado sobre las calles, y ahora toda la ciudad despertaba espolvoreada de un brillante blanco, justo como la miniatura encerrada en una bola de nieve.

Era la mañana de Navidad, y Papa Noel había comenzado temprano su jornada en el hospital. Tras él iba dejando un rastro de risitas infantiles, como campanillas mecidas por la brisa invernal. El área de pediatría oncológica era su última parada, y para cuando emergió por la puerta, Alicia ya estaba levantada y aseada. Llevaba puesto un colorido pijama con decenas de caras sonrientes de Papá Noel en miniatura, detalle que había ido a buscar su madre la noche anterior. Y su gorrito de lana había sido sustituido por uno de un rojo chillón y un enorme pompón blanco.

La niña sonrió de oreja a oreja al recibir su regalo, y también durante la eterna sesión de fotos con Papá Noel en la que insistió su madre poco después. Pero toda la alegría

de la mañana de Navidad desapareció de su rostro en el momento de desenvolver el paquete. Su regalo fue un juego de mesa, con cartas y figurillas de animalitos como fichas. Tomó entre sus manos aquella que representaba un pequeño conejo blanco, y una doliente sonrisa se abrió paso en su semblante al recordar a su hermana Daniela. Sabía que su madre estaría más que dispuesta a jugar con ella, y se lo agradecía de corazón. Pero simplemente, no era lo mismo sin su hermana pequeña. Una mañana de Navidad sin las risas compartidas nunca podría darle la misma felicidad.

Y al igual que la noche anterior, dos golpes suaves sonaron en la puerta. Esta vez Helena no venía sola, la acompañaba otro enfermero. Ambos con sus coloridos uniformes a juego. La muchacha les deseó una feliz Navidad y se acercó tras intercambiar algunas palabras con su madre.

—¿Recuerdas a David? —le preguntó Helena a la niña, señalando al chico que continuaba cerca de la puerta. Una pequeña sonrisa se vislumbraba en sus labios, iluminando su rostro moreno. Alicia lo recordaba de algunas revisiones, cuando Helena no se encontraba disponible, era él quien iba a echarle un ojo. Le dedicó a ésta un asentimiento a su pregunta, y una sonrisa también floreció en los labios de la muchacha.

—Después de comentarlo con tu madre, resulta que nosotros también tenemos un regalo para ti. —habló esta vez David, alejándose por un instante al pasillo, haciendo amplios gestos con las manos. Y lo que sucedió a continuación fue mejor que cualquier regalo que pudieran haberle dado a Alicia.

Una pequeña figura emergió por la puerta, envuelta en un esponjado chaquetón verde, el cual resaltaba el castaño de su cabello, cálido como el caramelo caliente. La sonrisa de sus labios también fue tan dulce como el caramelo cuando fijó sus ojos en Alicia, y echó a correr a sus brazos entre risitas.

Cuando Alicia estrechó a su hermana Daniela contra su pecho, fue tan feliz que dudó de que se hubiera podido sentir así antes. Olía a miel y a canela, y sus pequeñas manos tiraron de su pijama, instándola a enseñarle su regalo para comenzar a jugar juntas. Se sentaron en la pequeña mesa central, donde Alicia comenzó a esparcir las fichas del juego de mesa entre ambas. Y por debajo de ésta, allí donde la mirada de los adultos no podía llegar, Daniela le pasó un pequeño envoltorio que olía tan dulce como ella. Entre susurros le dijo que eran mazapanes, un pequeño detalle de la abuela.

Helena había estado sonriendo durante toda la escena, y cuando ambas comenzaron a jugar, murmuró para sí misma, sacándole otra sonrisa a David a su lado.

Realmente era, por momentos como aquel, que amaba tanto su trabajo de enfermera.